

En torno a la crisis del antifascismo: Entre la historia, la memoria y la razón política

Francisco Erice
Universidad de Oviedo

Fecha de aceptación definitiva: 16 de septiembre de 2011

Resumen: El antifascismo constituyó, tras la Segunda Guerra Mundial, la base de legitimación de gran parte de los regímenes políticos en Europa occidental y oriental. En las últimas décadas, estamos presenciando su creciente replanteamiento, relacionado con los componentes sociales que la cultura antifascista incorporaba y su proximidad a las propuestas políticas comunistas. La caída del sistema socialista y la transformación de los paradigmas memoriales, con la progresiva sobrevaloración de las «víctimas» en detrimento de los «resistentes», constituyen el telón de fondo de la crisis del relato antifascista, que en el presente artículo se analiza con un repaso comparativo a los cambios en diversos países europeos, incluyendo lo sucedido en España con la memoria del antifranquismo.

Palabras clave: antifascismo, antifranquismo, Europa, resistencia.

Abstract: After the Second World War, antifascism rose as the basis for the legitimization of most of the political systems of Western and Eastern Europe. In the last decades, we are witnessing an increasing revision of antifascism which is related to the social elements that the antifascist culture included and to its connection with communist political proposals. The disappearance of the socialist system and the transformation of memory paradigms, as well as the progressive overestimation of «victims» as opposed to «resistants», form the background against which the crisis of the antifascist narrative is to be understood. This paper offers a comparative analysis of different manifestations of that crisis; in particular, the transformations experienced by the antifascist narrative in different European countries, including the transformation of the memory of the antifranquist struggle in Spain.

Keywords: antifascism, anti-francoism, Europe, resistance.

La quiebra del antifascismo y el nuevo paisaje memorial: de la épica del resistente a la solidaridad con las víctimas

Si hemos de creer a Hobsbawm, la alianza del capitalismo liberal y el comunismo, que permitió salvar a las democracias, habría sido «el momento decisivo de la historia del siglo xx». Sea como fuere, al menos debe reconocerse que el consenso antifascista contribuyó a legitimar gran parte de los sistemas políticos y sociales europeos que siguen a la Segunda Guerra Mundial, desde el Estado del bienestar en Occidente hasta las experiencias socialistas al Este del continente¹.

Sin embargo, el influyente *meta-relato* antifascista sufre, desde hace algunas décadas, el asalto de poderosas fuerzas, que van configurando una auténtica reinterpretación de la historia del siglo xx. La revisión que ello supone va incluso más allá, apuntando, en palabras de Domenico Losurdo, a una «gigantesca relectura del mundo contemporáneo», con «la liquidación de la tradición revolucionaria de 1789 a nuestros días». En este contexto debe situarse la crisis del antifascismo en general, sin duda profunda y que algunos juzgan irreversible².

Las páginas que siguen pretenden recapitular los parámetros esenciales de dicha crisis. Para comprender sus manifestaciones y variantes, conviene, no obstante, adelantar algunas precisiones. Ante todo, que el antifascismo no debe identificarse sin más con las Resistencias nacionales contra el fascismo o no es reductible a ellas. La propia Resistencia dista de haber sido un fenómeno homogéneo, y la narrativa sobre la misma ha acentuado, en algunos lugares, su dimensión patriótica en detrimento de sus componentes ideológicos —antifascistas—, tal como sucede en Francia gracias a la tradición gaullista; en su relato, apoyado en una política conmemorativa *ad hoc* —por ejemplo las celebraciones del 11 de noviembre, fecha del armisticio de la Primera Guerra Mundial—, las batallas de 1939-1945 se insertan en un conflicto franco-alemán de treinta años (1914-1945) de naturaleza esencialmente nacional y militar³.

Más allá del protagonismo en la oposición, armada o no, a las ocupaciones, el antifascismo representó un ingrediente fundamental de determinadas culturas políticas en las décadas de 1930 y 1940, un *ethos* compartido por quienes comba-

¹ HOBSBAWM, Eric J.: *Historia del siglo xx*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 17; FARALDO, José M.: *La Europa clandestina. Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética (1938-1948)*, Madrid, Alianza, 2011, p. 294.

² TRAVERZO, Enzo: *A sangre y fuego. De la Guerra Civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, pp. 18-19; LOSURDO, Domenico: *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Laterza, 2002, pp. 3-25; LUZZATTO, Sergio: *La crisi dell'antifascismo*, Turín, Giulio Einaudi, 2004, p. 7.

³ LAGROU, Pieter: *Mémoires patriotiques et occupation nazie. Résistants, requis et déportés en Europe occidentale, 1945-1965*, Bruselas, Complexe, 2003, pp. 45-63; ROUSSEAU, Henry: *Le syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990 (2ª ed.), pp. 31-32, 120 y otras.

tían las dictaduras de extrema derecha y caracterizado por su diversidad⁴. La épica antifascista contenía una patente voluntad inclusiva, aunque claramente escorada hacia los valores e ideas de la izquierda⁵. Las conocidas tesis de François Furet, en este sentido, se justifican por la importancia incuestionable que el antifascismo tuvo en la política de los comunistas, pero pecan de un evidente reduccionismo cuando lo limitan a una mera operación de camuflaje, que habría permitido a los estalinistas «recuperar los galones democráticos sin tener que abandonar nada del acervo de sus convicciones»⁶.

La identificación, si no total sí dominante, del antifascismo histórico con las tesis comunistas, está en la base de su actual cuestionamiento. Pero, al margen de esta circunstancia, su puesta en entredicho parece apuntar genéricamente al contenido social renovador que acompañó al fenómeno en su despliegue práctico y luego en su formulación como meta-relato militante. Este impulso transformador se justificaba por la colaboración, activa o pasiva, de las clases dominantes y las viejas élites con los regímenes fascistas o la ocupación. La vinculación entre fascismo y capitalismo resultaba obvia para quienes sustentaban propuestas antifascistas, especialmente para los comunistas. Pero conviene no olvidar que la voluntad *revolucionaria* emerge del conjunto de la Resistencia, incluidos sus sectores cristianos, aunque a veces se formulara en términos morales y culturales⁷.

Sin embargo, la reacción anticomunista o el rechazo del componente izquierdista del antifascismo no constituyen el único factor influyente en la actual recusación de su memoria; o al menos, dicho repudio no siempre se formula en esos términos. El ascenso de la figura de la *víctima* frente a la del *resistente* parece ser otro elemento significativo del paradigma memorial de nuestro tiempo⁸. Tal como

⁴ TRAVERZO, ENZO: *A sangre y...*, *op. cit.*, pp. 250-251. Diversidad resaltada en GROppo, Bruno: «L'antifascisme dans la culture politique communiste», en J. Vigneux y S. Wolikow (dir.), *Cultures communistes au xx^e siècle. Entre guerre et modernité*, París, La Dispute, 2003, pp. 81-94.

⁵ «El paradigma antifascista era el más inclusivo: todos los opositores al fascismo y todas las víctimas del fascismo podían reconocerse en él e integrarse en una amplia familia antifascista que reunía fraternalmente a los combatientes y las víctimas, el heroísmo y el martirio». Véase LAGROU, Pieter: *Mémoires patriotiques et...*, *op. cit.*, pp. 239-240.

⁶ FURET, François: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, pp. 242-360; cita literal en p. 260. Observaciones parecidas en COURTOIS, Stéphane (dir.): *Dictionnaire du communisme*, París, Larousse, 2007, pp. 98-99; o en COURTOIS, Stéphane y otros: *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror, represión*, Madrid-Barcelona, Espasa-Planeta, 1998, pp. 36-37.

⁷ GROppo, Bruno: «L'antifascisme dans...», *op. cit.*, pp. 92-93; MAYEUR, Jean Marie: «La memoria della Guerra e della resistenza nella cultura politica e religiosa della Francia del dopoguerra», en G. Miccoli, G. Neppi Modona y P. Pombeni (ed.), *La grande cesura. La memoria della Guerra e della resistenza nella vita europea del dopoguerra*, Bolonia, Il Mulino, 2001, pp. 19-20.

⁸ ERICE, Francisco: *Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva*, Oviedo, Eikasía, 2009, pp. 203-205; BENSOUSSAN, Georges: *¿Auschwitz por herencia? Sobre un buen uso de*

señalaba Finkelkraut a propósito de Francia, la imagen «edificante y mítica» de un pueblo de partisanos se ha ido oscureciendo, sobre todo con la centralidad creciente del Holocausto, mientras «el prestigio de los combatientes no oculta ya el desastre de los inocentes, y la conmemoración de la Resistencia ha dejado de encubrir o minimizar el recuerdo del exterminio»⁹. Este desplazamiento del foco historiográfico posee, a su vez, resonancias meta-históricas: la *mirada de la víctima* —se ha dicho— «tiene una capacidad propia de verdad, de desvelamiento de lo existente», con connotaciones epistemológicas y dimensiones éticas y políticas¹⁰. En definitiva, lo que ahora está sucediendo dista mucho de esa *metodológica* «simpatía por las víctimas» que recomendaba Barrington Moore para eludir las trampas y tergiversaciones de los vencedores de la historia. Se trataría más bien de una empatía que, como recuerda Traverso, puede anular la distancia crítica o reemplazar el análisis por la compasión. Al propio tiempo, algunos Estados utilizan a las víctimas para cimentar la ideología del consenso y la reconciliación, eludiendo llevar a cabo políticas democráticas de memoria a propósito de las guerras y procesos represivos¹¹.

De hecho, el victimismo ha funcionado históricamente como un subterfugio para la exoneración de las responsabilidades propias. Así, tras la Segunda Guerra Mundial, en Austria se elaboró una reconfortante autoimagen alejada de cualquier complicidad con el nazismo, resaltando el sufrimiento por los bombardeos aliados. Lo mismo sucedió en Alemania: mientras en el Este se celebraba la Resistencia y comenzaba la construcción del mito fundacional antifascista, en el Oeste, por encima de todo, se honraba a los fallecidos en la contienda. La versatilidad del uso de las víctimas permite la fácil equiparación entre bandos contendientes, e incluso su universalización, con la consiguiente descontextualización histórica. De ese modo, la Alemania unificada puede ahora lavar la culpa del pasado y, presentándose en términos victimistas, proponer por ejemplo celebraciones conjuntas de las

la memoria, Barcelona, Anthropos, 2010, p. 72.

⁹ FINKELKRAUT, Alain: *La memoria vana. Del crimen contra la humanidad*, Barcelona, Anagrama, 1990, pp. 42-44.

¹⁰ SUCASAS, Alberto y ZAMORA, José A. (ed.): *Memoria-Política-Justicia. En diálogo con Reyes Mate*, Madrid, Trotta, 2010, p. 10.

¹¹ MOORE, Barrington: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. El señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Barcelona, Península, 1976 (2ª ed.), pp. 421-422; TRAVERZO, Enzo: *A sangre y... op. cit.*; en CRENZEL, Emilio: «Los derechos humanos y las políticas de la memoria: reflexiones a partir de las experiencias de las comisiones de la verdad de Argentina y Chile», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*, Barcelona, RBA, 2009, pp. 357-36; VINYES, Ricard: *Asalto a la memoria. Impunidades y reconciliaciones, símbolos y éticas*, Barcelona, Los Libros del Lince, 2011, pp. 23-24.

persecuciones nazis, de *todos* los muertos de la Guerra, de los refugiados del Este y de las mujeres violadas por miembros del Ejército Rojo¹².

Fortuna y miseria del revisionismo: la vuelta del paradigma totalitario

En el plano historiográfico, la crítica reciente del antifascismo se manifiesta con el despliegue del llamado *revisionismo*, término confuso pero ilustrativo de una radical voluntad de reescritura del pasado y creación de un nuevo «sentido común a través del uso público de la historia», reinterpretando el siglo xx en términos funcionales con respecto a la cultura política neoconservadora dominante¹³. Régine Robin caracteriza adecuadamente la naturaleza y el sentido del revisionismo, como conjunto de producciones tributarias del cambio cultural de los años 1970-1980:

Esas prácticas instituyen un nuevo horizonte intelectual, un nuevo ‘ambiente’, un nuevo sentido común, un nuevo zócalo discursivo, que tienen por base no solamente la inversión de las problemáticas admitidas, sino la completa y efectiva demonización del comunismo, del marxismo, del soviétismo, del estalinismo (todos ellos puestos bajo el mismo plano, sin periodización, sometidos al mismo rechazo). Eso les lleva, en el mejor de los casos, a presentar como equivalentes los regímenes nazi y soviético, a banalizar el fascismo, a encontrarle circunstancias atenuantes, a descontextualizar las tomas de posición de intelectuales antifascistas de los años 1930, y en el peor, a pensar que los regímenes fascistas habían anticipado la «verdadera» naturaleza de los regímenes socialistas. Un revisionismo *hard* y un revisionismo *soft*, mucho más importante que el primero, y que lo barre todo a su paso¹⁴.

Esta larga cita recoge, ciertamente, algunas de las determinaciones esenciales del fenómeno. Conviene recordar además que dicha tendencia representa una clara reacción contra la doble tradición revolucionaria de 1789 y 1917 —en cuya encrucijada se sitúa el antifascismo—, a partir de la cual lleva a cabo una relectura de la *Segunda Guerra de los treinta años* (1914-1945). El anticomunismo ejerce como enlace entre las «dos almas» del revisionismo: la filo-occidental, «unilineal y teleológica», y la *anticapitalista* de extrema derecha¹⁵.

Base ideológica fundamental del revisionismo es el resurgir de las tesis del *totalitarismo*, lo cual, dicho sea de paso, nos recuerda la conexión de sus críticas con las desarrolladas en el *anti-antifascismo* de la Guerra Fría. Las «tres tiranías»

¹² BENSOUSSAN, Georges: *¿Auschwitz por herencia...* op. cit., p. 33; REICHEL, Peter: *L'Allemagne et sa mémoire*, París, Odile Jacob, 1998, pp. 99-105 y 290; ROBIN, Régine: «El nuevo devenir victimario de Alemania», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y...*, op. cit., pp. 213-215 y 242.

¹³ POGGIO, Pier Paolo: *Nazismo y revisionismo histórico*, Madrid, Akal, 2006, pp. 9-13.

¹⁴ ROBIN, Régine: *La mémoire saturée*, París, Stock, 2003, pp. 196-197.

¹⁵ LOSURDO, Domenico: *Il revisionismo storico...*, op. cit., pp. 3-35 y 135-144; POGGIO, Pier Paolo: *Nazismo y revisionismo...*, op. cit., p. 89.

que nacen de 1914 —la soviética, la italiana y la alemana— nutren una categoría homogeneizadora en una de cuyas variantes no duda en insertarse un Ernst Nolte que subraya incluso el «trueque de atributos» entre la Alemania nazi y la URSS, pero que sobre todo ha enfatizado la precedencia causal del bolchevismo sobre el nacionalsocialismo¹⁶.

Esta identificación fascismo-comunismo encuentra un filón especialmente fértil en el pacto germano-soviético de 1939, cuando los dos «monstruos totalitarios», en expresión de Wolton, manifiestan su afinidad en el objetivo común de aniquilar las democracias; pero tampoco se arredra con la ruptura de 1941, tras la cual incluso se exacerbarían (Nolte *dixit*) los puntos de semejanza que caracterizaban a tan mortales enemigos. La tesis afecta, lógicamente, al antifascismo, identificado sin más con una estratagema del estalinismo. De ese modo, la Resistencia italiana y la República española durante la Guerra Civil se equiparan respectivamente con un fascismo y un franquismo parcialmente redimidos ahora por la condición *honorable* que les otorgan sus patentes anticomunistas. En la imagen simplificadora que proyecta Wolton, lo más llamativo de la Guerra de España es constituir el escenario en que templan sus armas las dos potencias totalitarias que sueñan repartirse Europa¹⁷.

El contrapunto de los totalitarismos es, obviamente, la democracia liberal, enemigo común de todos ellos y nexos que los unifica, según Furet; por eso el antifascismo cumpliría un papel de oscurecimiento, al desplazar la contraposición más genuina y «hacer creer que el comunismo no era más que una forma superior de la democracia». La principal virtualidad que posee el concepto de totalitarismo, según nos recuerda Žizek, es que nos sitúa de manera inexorable en el horizonte de la democracia liberal realmente existente, descalificando cualquier crítica de izquierdas a la misma, por parcial que sea, como equivalente a los cuestionamientos fascistas¹⁸. La noción tiende a ocultar, además, los vínculos entre capitalismo y nazismo, así como la responsabilidad —incluso complicidad— de las élites liberales con las dictaduras de extrema derecha en la Europa de entreguerras, a la vez que oblitera los lazos, que, pese a todo, la tradición comunista comparte con otras ideologías derivadas del tronco común del Iluminismo. Estas razones, unidas

¹⁶ Véase FURET, François y NOLTE, Ernst: *Fascismo y comunismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998; NOLTE, Ernst: *La Guerra Civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 (6ª ed.); sobre «trueque de atributos», pp. 489-503. Sobre categoría de totalitarismo, TRAVERSO, Enzo: *Le Totalitarisme. Le xx^e siècle en débat*, París, Seuil, 2001.

¹⁷ WOLTON, Thierry: *Le Grand Recrutement*, París, Bernard Grasset, 1993, pp. 12, 190 y otras; ROBIN, Régine: *La mémoire saturée...*, *op. cit.*, pp. 206-215.

¹⁸ FURET, François y NOLTE, Ernst: *Fascismo y comunismo...*, *op. cit.*, pp. 61-62 y 101-102; ŽIZEK, Slavoj: *¿Quién dijo totalitarismo? Cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*, Valencia, Pre-Textos, 2002, p. 13.

a otras críticas que pueden hacerse a la noción —su carácter descriptivo, la fijación excesiva en lo ideológico...— explican la vulnerabilidad teórica de estos esquemas y la importancia que en su desarrollo tiene, por encima de todo, la *razón política*¹⁹.

Italia como banco de pruebas

El asalto al antifascismo ha conocido en Italia un impulso especialmente notorio. No en vano, en el país transalpino ha sido, tal vez, donde mayor relevancia adquirió, dentro de Europa occidental, el papel fundacional de la Resistencia, y donde el meta-relato antifascista alcanzó más proyección pública. Eso no significa que dicha narración fuera unánimemente admitida, dado el evidente arraigo que tuvo la experiencia fascista y la pervivencia de memorias locales diversas sobre la Guerra Civil vivida entre 1943 y 1945. La crisis del viejo sistema de partidos desde los años 80 y la quiebra del mismo en la década siguiente favorecieron una reacción que adquiere, entre las ocurridas en Europa en estos años, un valor particularmente ilustrativo²⁰.

La evolución en Italia de la memoria de la Resistencia es bien conocida, gracias los trabajos de Focardi y otros²¹. Tras el final de la contienda, se articula un relato notablemente idealizado cuyos principales depositarios van a ser las fuerzas de la izquierda, ya que no lo comparten los nostálgicos del fascismo por razones obvias y los democristianos una vez embarcados en el anticomunismo de Guerra Fría. Los cambios políticos de los años 60 permiten oficializar la memoria resistente, que se difunde no sin polémicas y contradicciones: los grupos juveniles izquierdistas, por ejemplo, ponen su modelo de la «resistencia roja» frente a la «tricolor», otorgándole el rango de una revolución frustrada o traicionada. El uso del meta-relato

¹⁹ POGGIO, Pier Paolo: *Nazismo y revisionismo...*, *op. cit.*, pp. 36 y siguientes. Otras valoraciones del concepto, en la obra colectiva de VIGREUX, Jean y WOLIKOW, Serge (dir.): *Cultures communistes au...* *op. cit.*; o también en las de FERRO, Marc (dir.): *Nazisme et communisme. Deux régimes dans le siècle*, París, Hachette, 1999; y ROUSSE, Henry (dir.): *Stalinisme et nazisme. Histoire et mémoire comparées*, Bruselas, Complexe, 1999.

²⁰ ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, *op. cit.*, pp. 203-220; BALLONE, Adriano: «La Resistenza», en M. Isnenghi (ed.), *I luoghi della memoria. Strutture ed eventi dell'Italia unita*, Roma-Bari, Laterza, 1997, pp. 402-438; GALLERANO, Nicola: «Memoria pubblica del fascismo e dell'antifascismo», en G. Calchi Novati y otros, *Politiche della memoria*, Roma, Manifestolibri, 1993, pp. 7-19.

²¹ FOCARDI, Filippo: *La Guerra della memoria. La Resistenza nel dibattito politico italiano dal 1945 a oggi*, Roma-Bari, Laterza, 2005. Una síntesis en FOCARDI, Filippo: «El debate sobre la resistencia en Italia: legitimación política y memoria histórica de la Primera a la Segunda República», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y...*, *op. cit.*; véase también NATOLI, Claudio: «El fascismo y el antifascismo en la historiografía y en la esfera pública de la Italia republicana», *Historia del Presente*, 6 (2005), pp. 153-168; FERRETTI, Maria: «Mémoires divisées. Resistance et guerre aux civils en Italie», *Annales*, 3 (2005), pp. 627-651; CRAINZ, Guido: «Fascismo y resistencia en Italia: 'memoria pública' y 'memorias divididas'», en J. Beramendi y M. J. Baz (ed.), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, PUV, 2008, pp. 61-84; o PRIVATO, Stefano: «Buits de memòria. Usos i abusos de la història en la Itàlia del present», *Segle xx. Revista catalana d'història*, 1 (2008), pp. 13-36.

resistencial por parte de todas las fuerzas del espectro político, de la Democracia Cristiana al Partido Comunista, genera una coincidencia que tendrá ocasión de manifestarse con motivo de la amenaza al Estado de los grupos de extrema derecha o extrema izquierda, particularmente tras el asesinato de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, en mayo de 1978.

Los primeros cambios comienzan a producirse en la década de los 80, cuando, bajo la inspiración del socialista Bettino Craxi, se esboza una *refundación* republicana sobre la base del abandono de la ideología antifascista y una reconciliación *blanda* con el pasado. La operación se plantea paralelamente al desarrollo de un revisionismo historiográfico que encarna mejor que nadie Renzo De Felice, que analiza el fascismo en términos de consenso, como una «revolución autónoma de las clases medias», y ofrece una lectura del 8 de septiembre de 1943, el día de la rendición a los Aliados, como una catástrofe de la nación; luego describirá el período 1943-1945 como una Guerra Civil entre minorías, frente a la pasividad de la mayoría de los italianos. En esta década se inicia también el proceso de integración en el sistema político del partido neofascista —el Movimiento Social Italiano— que, bajo la dirección de Fini, evolucionará hacia posiciones propias de una derecha conservadora más moderna, cambiando su denominación por la de Alianza Nacional. Fini pasará, más tarde, de elogiar a Mussolini como el más grande estadista del siglo xx a una política de gestos tales como colocar flores en el monumento a los ejecutados por los alemanes en las Fosas Ardentinas, o a denunciar enfáticamente las «infames» Leyes racistas del fascismo en 1938²².

El mayor viraje tiene lugar, ciertamente, en la década de los 90, cuando se conjugan los efectos de la caída del «socialismo real» y el derrumbamiento del sistema de partidos italiano posterior a la Segunda Guerra Mundial. Bajo el paraguas de un anticomunismo que sobrevive a la caída del Muro y a la propia desaparición del PCI, un neofascismo en reconversión y un neoliberalismo deseoso de exorcizar los aspectos sociales de la Resistencia y la Constitución colaboran en una revisión del pasado que pretende a la vez deslegitimar el antifascismo, resaltando sus aspectos sanguinarios, y rehabilitar parcialmente a los seguidores de la fascista República de Saló, subrayando su supuesto idealismo. El proceso se despliega sobre todo tras el triunfo electoral del centro-derecha en 1994, y luego a partir de la segunda experiencia gubernamental de Berlusconi, desde 2001²³.

Aunque los datos esenciales de esta operación de reescritura del pasado son bastante conocidos, parece conveniente hacer alguna precisión sobre el particular. Resulta obvia su funcionalidad política, al sustituir la legitimación o deslegiti-

²² CRAINZ, Guido: «Fascismo y resistencia...», *op. cit.*, pp. 73-78; NATOLI, Claudio: «El fascismo y...», *op. cit.*, pp. 156 y 161-162; FOCARDI, Filippo: *La Guerra della...*, *op. cit.*, pp. 56-93.

²³ NATOLI, Claudio: «El fascismo y...», *op. cit.*, pp. 162-165.

mación de las fuerzas partidarias sobre la base del antifascismo por un nuevo eje ideológico tallado sobre la dicotomía totalitarismo-antitotalitarismo; en este contexto, se hablará de una «pacificación» o «reconciliación» de las memorias o de una «memoria compartida» de todos los italianos. Es digno de resaltar el eventual protagonismo en esta operación de connotados ex-dirigentes del extinto PCI²⁴.

Los mecanismos a través de los cuales se opera la revisión son de diverso tipo: declaraciones públicas, programas y series divulgativas de televisión, modificaciones en la política conmemorativa, etc. En general, apuntan menos a la revalorización propiamente dicha del fascismo —todo lo más a la relativización de los juicios sobre él— que a la deslegitimación del antifascismo. Historiadores y publicistas, entretanto, retoman la ofensiva. De Felice desarrolla sus tesis sobre la lucha entre minorías y la *zona gris*, mientras Ernesto Galli della Loggia (*La morte de la patria*, 1996) da otra vuelta de tuerca a la «nefasta» fecha del 8 de septiembre, y el periodista Giampaolo Pansa (*Il sangue dei Vinti*, 2003) renueva, con su historia-memoria de los crímenes de comunistas y resistentes, un filón ya explotado en el clásico libro de Giorgio Pisanò *Sangue chiama sangue*²⁵.

En cuanto a la política de conmemoraciones, es sabido que Berlusconi, durante su segundo mandato, deserta de las celebraciones del 25 de abril —fiesta de la Liberación—, manifestando su preferencia por el 18 del mismo mes, fecha de las elecciones que, en 1948, dieron la victoria a la Democracia Cristiana frente a la izquierda; momento éste, para el mandatario italiano, de la verdadera implantación democrática. Esta faceta anti-totalitaria se expresa asimismo en la instauración por el Parlamento del Día de la Libertad en la fecha de la caída del Muro de Berlín (9 de noviembre), como homenaje a las víctimas de «todos los totalitarismos» y sustituyendo al 25 de abril. Pero es patente sobre todo en la conmemoración de las *foibe* —cuevas o grietas del terreno— de Istria, a las que fueron arrojados varios miles de italianos asesinados por partisanos yugoslavos, a lo que se añade la expulsión masiva de otros 250.000 tras la Guerra. Obviando el contexto histórico de los terribles hechos, el de la ocupación y violencias fascistas ejercidas en Yugoslavia, el suceso sirve para atacar a los comunistas, toda vez que los responsables eran seguidores de Tito, y de paso ejercer un evidente victimismo. Como muestra adicional de irredentismo, la jornada conmemorativa se fijaba para el 10 de febrero, aniversario de aquel otro de 1947 en el que el tratado de paz cedía Istria a Yugoslavia²⁶.

²⁴ FOCARDI, Filippo: «El debate sobre...», *op. cit.*, pp. 261-263; y *La Guerra della...*, *op. cit.*, pp. 77-78 y otras.

²⁵ NATOLI, Claudio: «El fascismo y...», *op. cit.*, pp. 162-163; FOCARDI, Filippo: «El debate sobre...», *op. cit.*, pp. 265-266 y 269-270. Un enfoque crítico con la imagen edulcorada de la Resistencia pero respetuoso con sus valores morales y políticos, en PAVONE, Claudio: *Una Guerra Civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Beringhieri, 1991.

²⁶ FOCARDI, Filippo: «El debate sobre...», *op. cit.*, pp. 267-273; CRAINZ, Guido: «Fascismo y resistencia...»,

La acometida contra la memoria de la Resistencia y la reescritura de su historia ha generado, desde luego, fuertes oposiciones. Entre ellas, las institucionales. En concreto los Presidentes de la República Scalfaro y Ciampi se han empeñado en defender la herencia moral y política de la Resistencia, sin renunciar al reconocimiento de todas las víctimas, pero rehusando la equiparación con el régimen de Saló. Pero, sobre todo, la memoria del antifascismo aflora una y otra vez en las manifestaciones populares de oposición, comenzando por la masivamente celebrada en Milán el 25 de abril de 1994, recién llegado Berlusconi al Gobierno, y siguiendo por muchas otras, en las que se recuerda la lucha antifascista como base de la Constitución o se interpretan de manera coral canciones resistentes. Como un ejemplo más, ilustrativo del uso del antifascismo y sus resonancias, a propósito de las recientes concentraciones de mujeres contra Silvio Berlusconi, la periodista y luchadora por los derechos civiles Barbara Spinelli proponía la siguiente alternativa: «La solución sería es la que se adoptó tras el fascismo en 1945: un comité de liberación nacional, la unión de los partidos de oposición en un frente constitucional²⁷».

Un breve recorrido por Europa, de Oeste a Este

Los efectos del cambio en los paradigmas memoriales y de las arremetidas contra la tradición antifascista se han dejado sentir en distintos países europeos, pero de manera desigual. Los ejemplos de Francia, Alemania y los países del Este europeo pueden servir, en ese sentido, para certificar esta diversidad.

En Francia, la Resistencia sigue siendo un «relato sagrado», simplificado y adornado, de la identidad nacional. Pero, tras la dura pugna entre gaullistas y comunistas por apropiarse de su legado, son los primeros —sobre todo con la presidencia de De Gaulle desde 1958— los que parecen imponer su visión, más centrada en la idea de la continuidad y el carácter patriótico de la lucha contra Alemania que en los valores morales, políticos o sociales del antifascismo. Sin embargo, desde los años 70 la imagen monolítica de Francia como nación de resistentes va erosionándose, aunque sin llegar a cuestionar radicalmente el *mito fundacional*. Todavía hoy en día parecen seguir siendo válidas las palabras de Conan y Rousso en 1994:

La legitimidad de la Resistencia —si no la de todos los resistentes— no ofrece dudas para una mayoría de franceses de todas las edades, a la derecha y a la izquierda, incluso si su memoria conoce, desde hace varios años, asaltos

op. cit., pp. 82-83; FERRETTI, Maria: «Mémoires divisées. Résistance...», *op. cit.*, pp. 643-644.

²⁷ CRAINZ, Guido: «Fascismo y resistencia...», *op. cit.*, p. 76; FOCARDI, Filippo: «El debate sobre...», *op. cit.*, pp. 273-281; y FOCARDI, Filippo: *La Guerra della...*, pp. 79-81, 94-107 y otras. «Entrevista a Bárbara Spinelli», *El País* (18-IV-2011).

reversionistas, y si su estatuto en el seno de la memoria nacional parece menos afirmado que en otros tiempos²⁸.

Es cierto que la rehabilitación oficial de Vichy no está a la orden del día, pero la visión monolítica de la Francia resistente ha sufrido fisuras importantes, sobre todo cuando documentales y estudios históricos han subrayado la importancia del *colaboracionismo* y la base social de apoyo al Gobierno de la *Francia no ocupada*. Otro factor determinante es el progresivo *judeocentrismo* de la imagen de Vichy; remisión ésta a la cuestión judía que ha sido criticada por simplificadora y deformante, aduciendo, como hacen Conan y Rouso, que la lógica petainista sobre los judíos no era exterminadora como la de los nazis, sino «política y burocrática»²⁹.

Con una firme voluntad de deslegitimar la Resistencia, se han publicado trabajos en clave netamente revisionista, como el que en 1993 daba a la luz Thierry Wolton (*Le Grand Recrutement*), que descalifica el antifascismo considerándolo un mero artificio al servicio del totalitarismo soviético, y que llega a plantear que el más conocido héroe resistente, Jean Moulin, habría sido nada menos que agente del KGB. La contundente réplica que le dedica Vidal-Naquet cuestiona su *uso* de documentación secreta inverificable o no contrastable, y tácticas de amalgama de datos e informaciones que recuerdan a los procesos de Moscú o las democracias populares; pero ello no ha impedido que Wolton recibiera el apoyo de destacados historiadores militantes del anticomunismo más acendrado, como Annie Kriegel o François Furet³⁰.

En definitiva, si bien el judeocentrismo excluyente y el reduccionismo de la Resistencia a los efectos de la *larga mano* de Moscú confunden más de lo que explican, lo cierto es que el mito resistencial ha sufrido algunas erosiones lógicas, aunque no por ello ha dejado de cumplir una indudable función en la Francia de hoy, con un uso plural y diverso. Actitudes como la del Presidente Sarkozy de retirarse antes de su elección a un significado lugar de recuerdo de la Resistencia, o la utilización de su memoria por movimientos sociales y de protesta, certifican que el tema sigue formando parte esencial de la cultura pública francesa³¹.

²⁸ CONAN, Eric y ROUSSO, Henry: *Vichy, un passé qui ne passe pas*, París, Fayard, 1994, p. 214 y cita en p. 10; ROUSSO, Henry: *Le syndrome de...*, *op. cit.*, pp. 31-32 y 109-110; ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, *op. cit.*, pp. 313-316; GALLERANO, Nicola: «Memoria pubblica del...», *op. cit.*, pp. 9-12.

²⁹ ROUSSO, Henry: *Le syndrome de...*, *op. cit.*, pp. 121-136 y 155-194; CONAN, Eric y ROUSSO, Henry: *Vichy, un passé...*, *op. cit.*, pp. 38-39; SINGER, Claude: *Vichy, l'université et les juifs. Les silences et la mémoire*, París, Les Belles Lettres, 1992.

³⁰ WOLTON, Thierry: *Le Grand Recrutement*, París, Bernard Grasset, 1993, especialmente pp. 264-285. VIDAL-NAQUET, Pierre: *Le trait empoisonné. Réflexions sur l'affaire Jean Moulin*, París, La Découverte, 1993. Otras críticas a Wolton en CONAN, Eric y ROUSSO, Henry: *Vichy, un passé...*, *op. cit.*, pp. 220-231.

³¹ DUCLOS, Jean-Claude: «Razones de ser, límites y actualidad de los museos de la Resistencia en Francia a través del caso de Isère», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y...*, *op. cit.*, pp. 549-568.

En el caso de Alemania, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, la división del país se articuló a partir de criterios de legitimación muy distintos. Mientras la zona oriental (luego RDA) se reconstruyó sobre el mito antifascista y una amplia desnazificación, en la occidental (luego República Federal) dominaron la imagen de la *hora cero* (ruptura con el pasado y nuevo comienzo), un fuerte victimismo (culto a los muertos) y, finalmente, el rechazo de las «dos dictaduras» (la *roja* y la *parda*) bajo los supuestos del antitotalitarismo³². En la Alemania capitalista, el antifascismo quedaba, pues, claramente orillado, y los resistentes al nacionalsocialismo no sólo no gozaban de especial reconocimiento, sino que eran considerados extraños a la nación e incluso traidores a la patria³³.

Sin duda, algunas cosas comenzaron a cambiar con la presión de las nuevas generaciones y los movimientos juveniles en los años 60, y con el Gobierno de Willy Brandt y su política de apertura al Este en los 70; pero en el siguiente decenio, se produjo un nuevo punto de inflexión, con el resurgir de un nacionalismo ligado a la restauración conservadora, que realizó algunos gestos inequívocos: cierta recuperación del componente étnico-cultural de la nación, reivindicación de los expulsados del Este tras la Guerra, etc. Es en esta encrucijada donde hay que situar la conocida «querrela de los historiadores»³⁴.

En todo caso, el gran cambio en las políticas de memoria y la actitud ante el pasado se produce con la caída del Muro de Berlín. Junto con la importancia que, como en otros lugares, adquiere el Holocausto, en la nueva Alemania se revitaliza la teoría del totalitarismo, equiparando fascismo y comunismo y desarrollando una visión fundamentalmente victimista. Junto a la *renacionalización* sin complejos de la historia del país, se esbozan nuevas jerarquías de las víctimas, desapareciendo prácticamente todo resquicio del (escaso) antifascismo anterior, y saliendo a la luz con fuerza, a través de testimonios orales, el sufrimiento de los internados en campos soviéticos, nazis de segundo rango en su mayoría, después de 1945. Dado que, obviamente, incluso la más mínima rehabilitación explícita del nacionalsocialismo resulta impensable, tal como ha señalado R. Robin, la nueva Alemania se refugia en otras «zonas discursivas disponibles», que recuerdan el tono de los años 50 sobre un fondo histórico bien distinto:

³² Sobre memoria de Alemania tras 1945, REICHEL, Peter: *L'Allemagne et...*, *op. cit.*; también WOLFRUM, Edgar: «Historia y memoria en Alemania, 1949-2009», *Historia del Presente*, 13 (2009), pp. 71-96; ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, *op. cit.*, pp. 317-326.

³³ KASCHUBA, Wolfgang: «Memoria collettiva e identità nazionale nulla Germania postbellica: le strategie politiche di relegittimazione», en G. Miccoli, G. Neppi Modona y P. Pombeni (ed.), *La grande cesura...*, *op. cit.*, pp. 357-382; WOLFRUM, Edgar: «Historia y memoria...», *op. cit.*, pp. 72-75.

³⁴ GRÜNING, Barbara: «Memorie dell'Olocausto nella Germania riunificata: quali eredità dalla DDR?», en S. Casilio y otros (ed.), *Paradigma lager. Vecchi e nuovi conflitti del mondo contemporaneo*, Bolonia, CLUEB, 2010, pp. 35-47; WOLFRUM, Edgar: «Historia y memoria...», *op. cit.*, pp. 77-86.

Primero, la problemática del totalitarismo, de la doble dictadura, de los crímenes del ejército Rojo simétricos a los crímenes del nazismo. El anticomunismo se vuelve así un nuevo referente de identidad. Luego, la elección democrática y occidental, que permite volver a interrogar sobre la necesidad o la gratuidad de los bombardeos aliados al final. Ya no es Auschwitz el nombre símbolo, sino Stalingrado o Dresde, como figura emblemática de la barbarie de los rojos, por una parte, y con la indiferencia de los ingleses y de los americanos ante las víctimas civiles al final de la Guerra, por otra³⁵.

En la Europa del Este, el antifascismo había constituido, más que en ninguna otra parte, un pilar esencial en la legitimación de los nuevos regímenes, hasta el punto de convertirse en verdadera ideología *oficial*. De hecho, se traducía en la enfatización del papel de los comunistas en la Resistencia, aunque sobre todo desde 1956 se fue dando paso a la consideración de otras fuerzas o sectores *nacionales*. Un ejemplo extremo es el de la RDA, para la cual además el antifascismo operaba como un factor específico de diferenciación frente a su rival más directo, la RFA. Según un texto histórico-divulgativo de comienzos de los años 80, la «sacrificada lucha del movimiento de la resistencia antifascista alemana, donde los comunistas tuvieron la mayoría», no había conseguido derrocar al nazismo, pero «actuando de consumo, comunistas, socialdemócratas y adversarios burgueses de Hitler en la resistencia antifascista, le prepararon el terreno a un amplio frente popular antifascista, después del triunfo de la coalición antihitleriana»³⁶.

Sin duda la quiebra del *socialismo real* ha originado cambios radicales en las dinámicas de la memoria colectiva y las interpretaciones del pasado. Aunque, como en otras sociedades, las visiones sobre la Segunda Guerra Mundial y las Resistencias se encuentren divididas, la resultante hegemónica aparece claramente inclinada hacia el anticomunismo y el victimismo. La idea del *doble mal* o la equivalencia entre fascismo y comunismo se difunde con facilidad entre la opinión pública e incluso entre muchos historiadores. En un contexto políticamente favorable, el revisionismo y el paradigma del totalitarismo hacen fortuna. La equiparación de ambos regímenes se escora, a modo de contrapeso, hacia los «crímenes del comunismo», mientras se rehabilita a muchos ultranacionalistas e incluso colaboracionistas con los nazis en virtud de su anticomunismo. La negación del carácter fascista de determinados regímenes o personajes de la preguerra constituye, además, un golpe en

³⁵ ROBIN, Régine: «El nuevo devenir...», *op. cit.*, pp. 243-244. Nuevas tendencias de la *memoria nacional* alemana, en ROBIN, Régine *I fantasmi della storia. Il passato europeo e le trappole della memoria*, Verona, Ombre Corte, 2005; ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, *op. cit.*, pp. 324-326. Sobre memoria de los citados campos soviéticos, por ejemplo KAMINSKY, Anne: «Campos soviéticos en Alemania, 1945-1950: museos memoriales», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 2, 20 (1998), pp. 105-113.

³⁶ FARALDO, José M.: «Ocupantes y ocupados. La memoria de la Segunda Guerra mundial en Europa centro-oriental», *Historia del Presente*, 14 (2009), pp. 83-90; HEITZER, Heinz: RDA. *Compendio histórico*, Dresde, Zeit im Bild, 1981, pp. 10-14.

la línea de flotación de la legitimidad de los ya desaparecidos regímenes socialistas, sustentada, como se ha señalado, sobre el antifascismo³⁷.

En esta nueva revisión del pasado, hay algunos temas *transnacionales* importantes: el pacto germano-soviético, entendido como la alianza de dos fuerzas totalitarias para repartirse Europa, que permite culpar a la URSS del estallido de la Guerra; la conferencia de Yalta como escenario de la «traición» de los occidentales; o la enfatización de la resistencia armada contra la «ocupación soviética». Pero luego cada país incide de manera peculiar en episodios propios. Así, en Ucrania, se rehabilita a los nacionalistas que lucharon contra los rusos colaborando con los nazis incluso en la limpieza étnica, y se privilegia la idea de la «doble ocupación» del país, mientras que en los Países Bálticos, la imagen de los soviéticos es aún peor que la de los alemanes, llegándose a demoler monumentos (Estonia) como el dedicado a los soldados soviéticos «liberadores» del país, y a instalar otros en homenaje, como combatientes de la libertad, a soldados enrolados en las siniestras Waffen-ss hitlerianas³⁸.

En Bulgaria, que no fue el país de la zona más caracterizado por el antisemitismo y el antisovietismo, algunos historiadores se empeñan en reivindicar la figura del rey Boris III y se cuestiona el «fascismo» de los años 30 para deslegitimar el antifascismo posterior³⁹. En Hungría, el almirante Horthy —ahora definido como *conservador*—, que fue aliado del Eje, disfruta también de intentos rehabilitadores, mientras se inauguran museos como la «Casa del Terror» (Budapest) sobre las dos dictaduras, intentando equipararlas con criterios históricamente dudosos, y restándole importancia al régimen de la Segunda Guerra Mundial y su participación en el Holocausto⁴⁰. En Polonia, con memorias divididas, destaca en todo caso el interés reciente por los episodios de la ocupación soviética y el siempre impactante asunto de las fosas de Katyn, especialmente apropiado para resaltar el carácter criminal del comunismo estaliniano⁴¹. En Rumanía, el revisionismo incide también en la comparación entre comunismo y nazismo, rehabilitándose a figuras como la del

³⁷ FARALDO, José M.: «Ocupantes y ocupados...», *op. cit.*, pp. 83 y 97-98; TONINI, Carla: «Confesión y absolución: la actividad del Instituto Polaco de la Memoria Nacional entre historia, memoria y justicia», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y...*, *op. cit.*, pp. 331-332; FARALDO, José M.: *La Europa clandestina...*, *op. cit.*, pp. 302-304.

³⁸ FARALDO, José M.: «Ocupantes y ocupados...», *op. cit.*, pp. 91-96; ROBIN, Régine: *I fantasmi della...*, *op. cit.*, p. 18.

³⁹ FRISON-ROCHE, François: «La gestion du passé en Bulgarie», en H. Roussio (dir.), *Stalinisme et nazisme...*, *op. cit.*, pp. 275-305.

⁴⁰ FARALDO, José M.: «Ocupantes y ocupados...», *op. cit.*, pp. 92-93; GRADVOHL, Paul: «Les historiens et les enjeux politiques du passé en Hongrie», en H. Roussio (dir.), *Stalinisme et nazisme...*, *op. cit.*, pp. 247-274.

⁴¹ TONINI, Carla: «Confesión y absolución...», *op. cit.*, pp. 331-355; FARALDO, José M.: «Ocupantes y ocupados...», *op. cit.*, pp. 93 y 96-97.

mariscal Antonescu, colaborador de los nazis y de su política antisemita, y sobre todo se subraya la «agresión» de la URSS y la noción de «holocausto rojo», que la principal inspiradora del museo abierto en Sighet y cofinanciado por la Unión Europea explica de manera casi emblemática, muy representativa de las actuales concepciones revisionistas también de otros países:

Fue después de una visita a Polonia. En Auschwitz se construía un centro de investigación sobre el nazismo bajo la égida del Consejo de Europa. ¿Por qué no pensar en la puesta en pie simétrica de un centro de investigación sobre el comunismo?, nos preguntamos. ¿Por qué no sugerir una mirada más amplia y más compleja sobre los dos tipos de sufrimiento soportados por los europeos en este siglo? ¿Por qué no aceptar un paralelismo entre los dos tipos de totalitarismos?⁴².

España: el antifranquismo que nunca existió

En España, al final del franquismo, se había ido consolidando un relato dominante del pasado republicano y la Guerra Civil que ya no respondía a la imagen de *cruzada* difundida durante décadas. La contienda pasaba a ser vista como una tragedia colectiva, con responsabilidades compartidas —todos fuimos culpables— y cuya repetición debía ser evitada a toda costa —nunca más—. Esta percepción era el resultado de una elaboración del franquismo tardío, que presentaba de ese modo un discurso más creíble ante una sociedad cambiante, y no excluía, pese a la retórica equiparación de culpas, la atribución última de la tragedia a las fuerzas republicanas, a la vez que alimentaba lo que Humlebaek describe como el «mito del carácter ingobernable de los españoles», justificando el recurso a la fuerza para evitar males mayores. Semejante concepción apenas podía ser contrarrestada por una oposición democrática que carecía de recursos para hacer llegar su mensaje de forma eficaz, que priorizaba la consecución de la democracia frente a la forma de Estado —monárquica o republicana—, y que procuraba dejar en segundo plano las épocas de violencia y enfrentamientos para limpiar su imagen, denostada por la propaganda oficial⁴³.

Esta visión constituyó la base socio-cultural de una transición que, según algunos autores, venía a institucionalizar una «cultura cívica» compartida de *reconciliación* entre los españoles, defendida también por las fuerzas más significativas de

⁴² LAIGNEL-LAVASTINE, Alexandra: «Facisme et communisme en Roumanie: enjeux et usages d'une comparaison», en H. Rouso (dir.), *Stalinisme et nazisme...*, op. cit., pp. 201-245. Cita textual en ROBIN, Régine: *La mémoire saturée...*, op. cit., pp. 125-126.

⁴³ ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, op. cit., pp. 346-352; BERNECKER, Walther L. y BRINKMANN, Sören: *Memorias divididas. Guerra Civil y Franquismo en la sociedad y la política españolas (1936-2008)*, Madrid, Abada, 2009, pp. 208-211; HUMLEBAEK, Carsten: «La memoria de la Segunda República durante la transición a la democracia», en A. Egido (ed.), *Memoria de la Segunda República. Mito y realidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 159-173.

la izquierda. En todo caso, a esta interpretación, que sitúa el proceso de cambio postfranquista, tal como se realizó, como un *desenlace lógico* y coherente con los deseos de la amplia mayoría social, caben algunas matizaciones importantes. Una de ellas es que la idea de *reconciliación* resulta siempre acusadamente ambigua, pudiendo implicar tanto el puro y simple olvido —o el voluntario «echar al olvido», como prefiere decir Santos Juliá— como una exigencia de verdad, justicia y reparación plenas para iniciar una nueva etapa. Desde luego la *reconciliación nacional* defendida por el PCE, pese a su alto grado de indefinición genérica, no significaba equiparar ética y políticamente a ambos bandos. En ese sentido, la *versión* resultante que emerge de la transición puede ser vista, más que a modo de punto de encuentro, como la hegemonía del relato dominante en el tardofranquismo⁴⁴.

Sea como fuere, lo cierto es que el antifascismo de los años 30 quedaba, de este modo, enterrado, como herencia indeseada de un pasado violento. La transición consolidaría el *olvido social* o relegamiento a la memoria individual de la herencia republicana y la resistencia antifascista en la Guerra. Probablemente, no se trata tanto de que la mayoría de los españoles asumieran los argumentos con que el franquismo descalificaba la experiencia republicana, como de que heredaron una profunda desconfianza sobre esta fórmula política, ligada, en el imaginario colectivo, a la intransigencia, el radicalismo y la violencia⁴⁵.

La transición aportaría, asimismo, otras consecuencias relevantes en lo que atañe a los *usos* del antifascismo. Por ejemplo, acabaría de consagrar la equiparación entre ambos bandos, amparada bajo el viejo tropo de las *dos Españas* ahora felizmente reconciliadas; con algunos matices, la idea era bendecida en un texto tan significativo como la sorprendente declaración gubernamental de 1986, que venía a «honrar y enaltecer» la memoria de los luchadores por la democracia y, a la vez, a recordar «con respeto» a los anti-demócratas que lucharon y se sacrificaron por «una sociedad diferente»⁴⁶. Al mismo tiempo, se generalizó el deslizamiento en la caracterización de los vencidos, desde el rango de *resistentes* al de meras *víctimas*, condición ésta propicia para alimentar el discurso de la equivalencia. Al asimilarse el dolor y el sufrimiento experimentados por gentes de los dos bandos con la legi-

⁴⁴ Sobre la idea de *reconciliación* en otro contexto, véase CRUZ, María Angélica: *Iglesia, represión y memoria. El caso chileno*, Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 121-144. Uso de la *reconciliación* como «ideología de Estado», en VINYES, Ricard: *Asalto a la...*, *op. cit.* Sobre «culpabilidad compartida» y «nunca más» como bases de consenso transicional, son conocidos los trabajos de Paloma Aguilar, Santos Juliá y otros; el argumento central se sintetiza por ejemplo en AGUILAR, Paloma: *Políticas de memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 234-236.

⁴⁵ PÉREZ SERRANO, Julio: «Experiencia histórica y construcción social de las memorias. La transición española a la democracia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), pp. 312-313; AGUILAR, Paloma: *Políticas de memoria...*, *op. cit.*, pp. 250-283.

⁴⁶ Texto central de la citada declaración y valoración crítica, en VINYES, Ricard: «La memoria del Estado», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y...*, *op. cit.*, p. 7.

timidad de su causa, no es extraño que la única política compensadora impulsada por Gobiernos y Parlamentos durante la transición y los años siguientes haya sido la estrictamente económica, obviando no sólo cualquier tipo de justicia penal sobre los responsables de la dictadura, sino también las reparaciones simbólicas y las políticas activas de memoria democrática. La victimización simétrica opera, además, como un mecanismo que bloquea la identificación de posibles culpables y, por tanto, de las causas que condujeron a la violencia represiva. El Presidente del Gobierno Rodríguez Zapatero lo expresaba en el Congreso de Diputados, en noviembre de 2008, en palabras difícilmente superables por su claridad:

Estamos asistiendo a un fenómeno que pone de manifiesto la gran salud moral de la democracia española, un fenómeno que consiste en que cada vez se recuerda y se homenaja más a las víctimas y se olvida más al dictador [...]. Recordemos a las víctimas, permitamos que recuperen sus derechos, que no han tenido, y arrojemos al olvido a aquellos que promovieron esa tragedia en nuestro país. Ésa será la mejor lección⁴⁷.

Hay además otra consecuencia importante del proceso de transición en la imagen transmitida del pasado: el *borrado* de la memoria de la *segunda hornada* del antifascismo español, la que protagoniza la lucha antifranquista desde la década de los 50. André-Bazzana lo aseguraba, hace unos años, de manera contundente: «la memoria de la oposición democrática al franquismo ha sido *expresamente* ocultada en la España de la transición»⁴⁸. Como ha apuntado Abdón Mateos, durante dicho período, la dialéctica franquismo-antifranquismo fue excluida del discurso mayoritario y no se utilizó en el debate político. Esta relegación se proyectó al ámbito historiográfico, con la frecuente minusvaloración de la protesta obrera y popular o la labor opositora, y la sobrevaloración paralela de los sectores *reformistas* del propio régimen y de personajes o instituciones particulares identificados como «motor del cambio»⁴⁹.

Sabido es que la situación comienza a cambiar desde mediados de la década de los 90, con la acción creciente de las asociaciones que reivindican la «recuperación de la memoria histórica», y que, en muchos casos, combinan la solidaridad con las víctimas con la reivindicación político-ideológica de la lucha antifascista-

⁴⁷ CAPELLÀ, Margalida y GINARD, David (coord.): *Represión política, justicia y reparación. La memoria histórica en perspectiva jurídica (1936-2008)*, Palma de Mallorca, Plural, 2009. Cita de Rodríguez Zapatero, en VINYES, Ricard: «La memoria del...», *op. cit.*, p. 56.

⁴⁸ ANDRÉ-BAZZANA, Bénédicte: *Mitos y mentiras de la transición*, Barcelona, El Viejo Topo, 2006, p. 235.

⁴⁹ En CAVALLARO, María Elena y MATEOS, Abdón (ed.): «El uso público del antifascismo y el antifranquismo en Italia y España», *Historia del Presente*, 15 (2010), pp. 155-157. Interpretaciones de la transición en QUIROSA-CHEYROUZE y MUÑOZ, Rafael (coord.): *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007. También RUIZ, David: *La España democrática (1975-2000). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2002, pp.183-203.

antifranquista. El movimiento ha conseguido incluso la aprobación de resoluciones parlamentarias en las que se reafirma solemnemente la legitimidad del Gobierno republicano y se condena el golpe militar de 1936 y a sus ejecutores⁵⁰. Sin embargo dichas propuestas no han sido nunca suscritas por la principal fuerza política de la derecha, el Partido Popular, que mantiene en lo esencial el discurso tardofranquista y transicional de la equidistancia, la equiparación «moral» y la responsabilidad compartida⁵¹.

La tesis de la equivalencia o teoría de los «dos demonios», como sucede en otros lugares, ha sido avalada fundamentalmente por una derecha hostil a las visiones antifascistas. Por ello, convive con el renacimiento de una literatura *revisionista* que, en nuestro país, tenía ya gran parte del trabajo hecho gracias a la historiografía franquista, de la que bebe abundantemente en todo lo referente a satanización de la República y la defensa —más o menos velada o abierta— del legado del Caudillo⁵². Algo más novedoso, sin embargo, parece ser el recurso al esquema *totalitario*. El PP, por ejemplo, suele excluirse por elevación de las recusaciones al franquismo, asumiendo en cambio la de «todas las dictaduras y regímenes autoritarios y totalitarios». El cuestionamiento del carácter democrático de la gran mayoría de las fuerzas republicanas y de la oposición al franquismo comienza, a la vez, a expandirse en círculos políticos y mediáticos conservadores, rozando el delirio en la obra reciente de Gabriele Ranzato *El pasado de bronce*; en ella el historiador italiano, en un forzado ejercicio de anacronismo, somete a un severo escrutinio a todas las corrientes y personajes republicanos y antifranquistas desde los parámetros de un «demócrata de hoy», concluyendo con una condena generalizada; no es de extrañar, con este proceder, que Ranzato afirme que las tesis de Pío Moa, aunque discutibles por el extremismo con que las formula, contienen una parte «estimulante», y que lo más negativo que han conseguido es —añade utilizando una cita ajena— «suscitar la réplica extremista neoantifranquista»⁵³.

Contra estas posiciones neoconservadoras, pero también frente a la reivindicación del antifascismo, la postura de los Gobiernos socialistas se ha situado en una especie de *tercera vía*, que mantiene el meta-relato de la transición —tal como demuestra el preámbulo de la mal denominada Ley de Memoria Histórica— y una cierta equidistancia, aunque ligeramente sesgada a favor de las fuerzas *democráticas*.

⁵⁰ ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, op. cit., pp. 358-369.

⁵¹ HUMLEBAEK, Carsten: «Usos políticos del pasado reciente durante los años de Gobierno del PP», *Historia del Presente*, 3 (2004), pp. 157-167.

⁵² REIG TAPIA, Alberto: *Anti-Moa*, Barcelona, Ediciones B, 2006; MORADIELLOS, Enrique: «Revisión histórica crítica y revisionismo político presentista: el caso español», en J. Cuesta (dir.), *Memorias históricas de España (siglo XX)*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2007, pp. 372-388.

⁵³ ERICE, Francisco: *Guerras de la...*, op. cit., p. 366; RANZATO, Gabriele: *El pasado de bronce. La herencia de la Guerra Civil en la España democrática*, Barcelona, Destino, 2007, pp. 113-195.

Pero su discurso elude, obviamente, el antifascismo, centrándose en las *víctimas*, las verdaderas protagonistas de la citada Ley⁵⁴.

Unas palabras finales

Estamos asistiendo, sin duda, a la erosión del meta-relato y de la tradición antifascista, que en muchos países constituyeron el fundamento de los regímenes de la posguerra, y en otros simplemente la ideología de una parte de la población ubicada en la izquierda del espectro político. Más allá de las formas o los ritmos que adquiera en cada país, la razón de fondo de estos ataques tiene que ver, obviamente, con el fuerte componente social e ideológico que informó al antifascismo desde sus orígenes, y particularmente con su proximidad a la tradición comunista. Para algunos, este cambio supondría la liberación de un mito; para otros, el resultado indeseado de «una época *termidoriana* de más de veinte años de contrarreformas y restauraciones liberales en las que el orden mercantil parece no tener salida»⁵⁵.

La crisis del antifascismo y la erosión de la memoria de la Resistencia no es, desde luego, completa y absoluta. Como recordaba hace poco un estudioso del tema, en los países de Europa occidental, la visión positiva e incluso épica del fenómeno pervive relativamente, e incluso parece haberse revitalizado en algún caso⁵⁶. De cualquier modo, el carácter esencialmente *político* antes que propiamente *intelectual* de las relecturas del pasado que este proceso está generando queda fuera de toda duda. Por eso y porque algunos de los elementos contenidos en la tradición antifascista poseen una evidente capacidad de sintonizar con problemas de nuestro tiempo, no cabe dar por terminada su vigencia, a través de nuevas relecturas adaptadas a los combates políticos y culturales del presente. Hay incluso quienes, como Claudio Natoli, consideran no sólo es posible, sino necesario, mantener el legado que representó, y que —en sus palabras—:

aparece hoy en día aún más actual y vital, en un mundo que algunos querrían ver dominado por el ocaso de la democracia como participación, por la disolución de cualquier nexo de solidaridad social, por la extensión de un ‘libre mercado’ desvinculado de las reglas de la democracia, por la atomización de la sociedad y el recurso a una ‘guerra infinita’ como expresión y símbolo de la hegemonía mundial del más rico o fuerte⁵⁷.

⁵⁴ «Ley por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la Guerra Civil o la dictadura», (26-XII-2007).

⁵⁵ FONT AGULLÓ, Jordi: «Contra la nostalgia (y a favor). El rescate de la memoria democrática como identidad civil», en R. Vinyes (ed.), *El Estado y...*, *op. cit.*, p. 379.

⁵⁶ FARALDO, José M.: *La Europa clandestina...*, *op. cit.*, pp. 302-303.

⁵⁷ NATOLI, Claudio: «El fascismo y...», *op. cit.*, pp. 164-165.